

Florilegio de poesías castellanas.

FLORILEGIO

DON JUAN MELÉNDEZ VALDÉS

EL DESPECHO

Sal ¡ay! del pecho mío,
Sal luego, amor tirano,
Y apaga el fuego insano
Que abrasa el corazón.
Bastante el albedrío
Lloró sus crudas penas,
Esclavo en las cadenas
Que hoy rompe la razón.
No más á una inhumana
Seguir perdido y ciego,
Ni con humilde ruego
Quererla convencer.
Con su beldad ufana,
Allá se goce altiva;
Que á mi no me cautiva

Quien me hace padecer.
Dos años la he servido,
Y en ello ¿qué he ganado?
Llorar abandonado,
Pesares mil sufrir.
¡Oh, tiempo mal perdido!
¡Oh, agravios! ¡oh traiciones!
¡En tantas sinrazones
Cómo podré vivir?
Pensaba yo que un día,
Favorecido amante,
Por mi pasión constante
Me coronára Amor;
Y ardiente en mi porfía,
Contento en el desprecio,
Pensaba yo... ¡qué necio
Juzgó mi ciego error!
Mis ansias por agravios
Suenan en sus oídos;
Los míseros gemidos
Irritan su esquivez.
Así mis tristes labios,
No osando ya quejarse,
Ni aun pueden aliviarse
Nombrándola una vez.
La busco, y tras su planta
Corriendo voy; mas ella,
Me evita, y ni su huella
Logra mi fe adorar;
Que con fiereza tanta
Llegó ya á aborrecerme,
Que el rostro por no verme,

Ni aun quiere á mi tornar.
¡Ingrata! ¡fementida!
Prosigue en tus rigores,
Ó añade otros mayores
Con bárbaro placer.
Sigue, que ya extinguida
La hoguera en que penaba,
Do el alma se abrasaba,
Quiero en venganza ver.
Mas no, mi dulce dueño;
Cese el desdén impío,
Cese, y del amor mío
Déjate ya servir.
Y quien tu antiguo ceño
Lloró, zagala hermosa,
Merezca que amorosa
Le empieces á seguir.

ROSANA EN LOS FUEGOS

Del sol llevaba la lumbre,
Y la alegría del alba,
En sus celestiales ojos
La hermosísima Rosana,
Una noche que á los fuegos,
Salió la fiesta de Pascua,
Para abrasar todo el valle
En mil amorosas ansias.
La primavera florece
Donde las huellas estampa:

Y donde se vuelve, rinde
La libertad de mil almas.
El céfiro la acaricia
Y mansamente la halaga,
Los Cupidos la rodean
Y las Gracias la acompañan.
Y ella, así como en el valle
Descuella la altiva palma,
Cuando sus verdes pimpollos
Hasta las nubes levanta,
Ó cual vid de fruto llena,
Que con el olmo se abraza,
Y sus vástagos extiende
Al arbitrio de las ramas;
Así entre sus compañeras
El nevado cuello alza,
Sobresaliendo entre todas,
Cual fresca rosa entre zarzas;
O como cándida perla
Que artífice diestro engasta
Entre encendidos corales,
Porque más luzcan sus aguas.
Todos los ojos se lleva
Tras sí, todo lo avasalla;
De amor mata á los pastores,
Y de envidia á las zagalas;
Tal, que oyéndola, corridas,
Tan altamente aclamada,
Por no sufrirlo se alejan
Amarilis y su hermana.
Ni las músicas se atienden,
Ni se gozan las lumbradas;

Que todos corren por verla,
Y al verla todos se abrasan.
¡Qué de suspiros se escuchan!
¡Qué de vivas y de salvas!
No hay zagal que no la admire
Y no enloquezca en loarla.
Cuál absorto la contempla
Y á la aurora la compara,
Cuando más alegre sale
Y el cielo en albores baña;
Quién al fresco y verde aliso,
Que al pie de corriente mansa
Cuando más pomposas hojas
En sus cristales retrata;
Cuál á la luna, si ostenta,
De luceros coronada,
Venciendo las altas cumbres,
Llena su esfera de plata.
Otros pasmados la miran
Y mudamente la alaban,
Y mientras más la contemplan,
Muy más hermosa la hallan;
Que es como el cielo su rostro,
Cuando en una noche clara
Con su ejército de estrellas
Brilla y los ojos encanta;
O el sol que alzándose corre
Tras de la rubia mañana,
Y de su gloria en el lleno,
Todos sus fuegos derrama;
Que tan radiante deslumbra,
Que sin acción deja el alma,

Y más el corazón goza,
Cuanto más el labio calla.
¡Oh qué de celos se encienden,
Y ansias y zozobras causa
En las serranas del Tormes
Su perfección sobrehumana!
Las más hermosas la temen,
Mas sin osar murmurarla;
Que, como el oro más puro,
No sufre una leve mancha.
¡Bien haya tu gentileza,
Otra y mil veces bien haya,
Y abrase la envidia al pueblo,
Hermosísima aldeana!
Toda, toda eres perfecta,
Toda eres donaire y gracia;
El amor vive en tus ojos
Y la gloria está en tu cara;
En esa cara hechicera,
Do toda su luz cifrada
Puso Venus misma, y ciego
En pos de sí me arrebata.
La libertad me has robado;
Yo la doy por bien robada,
Y mi vida y mi ser todo,
Que ahincados se te consagran.
No el dón por pobre desdeñes,
Que aun las deidades más altas
A zagales, cual yo humildes,
Un tiempo acogieron gratas;
Y mezclando sus ternezas
Con sus rústicas palabras,

No, aunque diosas, esquivaron
Sus amorosas demandas.
Su feliz ejemplo sigue,
Pues que en beldad las igualas;
Cual yo á todos los excedo
En lo fino de mi llama.

Así un zagal le decía
Con razones mal formadas,
Que salió libre á los fuegos,
Y volvió cautivo á casa.

De entonces, penado y triste,
El día á sus puertas le halla;
Ayer le cantó esta letra,
Echándole la alborada:

*Linda zagaleja,
De cuerpo gentil,
Muévome de amores
Desde que te ví.
Tu talle, tu aseo,
Tu gala y donaire,
Tus dones no tienen
Igual en el valle.
Del cielo son ellos,
Y tú un serafin;
Muévome de amores
Desde que te ví.*

De amores me muero,
Sin que nada alcance
Á darme la vida,
Que allá me llevaste,
Si no te condueles,
Benigna, de mí;
Que muero de amores
Desde que te ví.

DON GASPAR MELCHÓR DE JOVELLANOS

A ARNESTO

¡Quis tam patiens ut teneat se?
JUVENAL

Déjame, Arnesto, déjame que lllore
Los fieros males de mi patria, deja
Que su ruina y perdición lamente;
Y si no quieres que en el centro obscuro
De esta prisión la pena me consuma,
Déjame al menos que levante el grito
Contra el desorden: deja que á la tinta
Mezclando hiel y acibar, siga indócil
Mi pluma el vuelo del bufón de Aquino.
¡Oh! cuánto rostro veo, á mi censura,
De palidez y de rubor cubierto!
Ánimo, amigos, nadie tema, nadie
Su punzante aguijón; que yo persigo
En mi sátira el vicio, no al vicioso.
¿Y qué querrá decir que en algún verso,
Encrespada la bilis, tire un rasgo,
Que el vulgo crea que señala á Alcinda,
La que olvidando su orgullosa suerte,

Baja vestida al Prado, cual pudiera
Una maja con trueno y rascamoño,
Alta la ropa, erguida la caramba,
Cubierta de un cendal más transparente
Que su intención, á ojeadas y meneos
La turba de los tontos concitando?
¿Podrá sentir que un dedo malicioso,
Apuntando este verso, la señale?
Ya la notoriedad es el más noble
Atributo del vicio, y nuestras Julias,
Más que ser malas quieren parecerlo.
Hubo un tiempo en que andaba la modestia
Dorando los delitos; hubo un tiempo
En que el recato tímido cubría
La fealdad del vicio; pero huyóse
El pudor á vivir en las cabañas.
Con él huyeron los dichosos dias,
Que ya no volverán; huyó aquel siglo
En que aún las necias burlas de un marido
Las Vascañanas crédulas tragaban;
Mas hoy Alcinda desayuna al suyo
Con ruedas de molino; triunfa, gasta,
Pasa saltando las eternas noches
Del crudo Enero, y cuando el sol tardío
Rompe el oriente, admírala golpeando,
Cual si fuese una extraña, al propio quicio.
Entra barriendo con la undosa falda
La alfombra; aquí y allí cintas y plumas
Del enorme tocado siembra, y sigue
Con débil paso soñolienta y mustia,
Yendo aún Fabio de su mano asido
Hasta la alcoba, donde á pierna suelta

Ronca el cornudo y sueña que es dichoso.
Ni el sudor frío, ni el hedor, ni el rancio
Erupto le perturban. A su hora
Despierta el necio, silencioso deja
La profanada Holanda, y guarda atento
A su asesina el sueño mal seguro.
¡Cuántas, oh Alcinda á la coyunda uncidas,
Tu suerte envidian! ¡Cuántas de himeneo
Buscan el yugo por lograr tu suerte,
Y sin que invoquen la razón, ni pese
Su corazón los méritos del novio,
El sí pronuncian y la mano alargan
Al primero que llega! ¡Qué de males
Esta maldita ceguedad no aborta!
Veo apagadas las nupciales teas
Por la discordia con infame soplo
Al pie del mismo altar, y en el tumulto,
Brindis y vivas de la tornaboda,
Una indiscreta lágrima predice
Guerras y oprobios á los mal unidos.
Veo por mano temeraria roto
El velo conyugal, y que corriendo
Con la impudente frente levantada,
Va el adulterio de una casa en otra;
Zumba, festeja, ríe, y descarado
Canta sus triunfos, que tal vez celebra
Un necio esposo, y tal del hombre honrado
Hieren con dardo penetrante el pecho,
Su vida abrevian, y en la negra tumba
Su error, su afrenta y su despecho esconden.
¡Oh viles almas! ¡oh virtud! ¡oh leyes!
¡Oh pundonor mortífero! ¡Qué causa

Te hizo fiar á guardas tan infieles
Tan preciado tesoro? ¡Quién oh Témis,
Tu brazo sobornó? Le mueves cruda
Contra las tristes victimas, que arrastra
La desnudez ó el desamparo al vicio;
Contra la débil huérfana, del hambre
Y del oro acosada, ó al halago,
La seducción y el tierno amor rendida;
La expilas, la deshonoras, la condenas
Á incierta y dura reclusión; ¡y en tanto
Ves, indolente, en los dorados techos
Cobijado el desorden, ó le sufres
Salir en triunfo por las anchas plazas,
La virtud y el honor escarneciendo!
¡Oh infamia! ¡oh siglo! ¡oh corrupción! Matro-
Castellanas, ¿quién pudo vuestro claro [nas
Pundonor eclipsar? ¡Quién de Lucrecias
En Lais os volvió? ¡Ni el proceloso
Océano, ni, lleno de peligros,
El Lilibeo, ni las arduas cumbres
De Pirene pudieron guareceros
Del contagio fatal? Zarpa preñada
De oro la nao gaditana, aporta
A las orillas gálicas, y vuelve
Llena de objetos fútiles y vanos;
Y entre los signos de extranjera pompa
Ponzofía esconde y corrupción, compradas
Con el sudor de las iberas frentes;
Y tú, misera España, tú la esperas
Sobre la playa, y con afán recoges
La pestilente carga, y la repartes
Alegre entre tus hijos. Viles plumas,

Gasas y cintas, flores y penachos
Te trae en cambio de la sangre tuya;
De tu sangre ¡oh baldón! y acaso, acaso
De tu virtud y honestidad. Repara
Cuál la liviana juventud los busca.
Mira cuál va con ellos engreída
La impudente doncella; su cabeza,
Cual nave real en triunfo empavesada,
Vana presenta del favonio al sople
La mies de plumas y de airones, y anda
Loca, buscando en la lisonja el premio
De su indiscreto afán. ¡Ay triste! guarte,
Guarte, que está cercano el precipicio.
El astuto amador ya en asechanza
Te atisba y sigue con lascivos ojos;
La adulación y la caricia el lazo
Te van á armar, do caerás incauta,
En él tu oprobio y perdición hallando.
¡Ay cuánto, cuánto de amargura y lloro
Te costarán tus galas! ¡Cuán tardío
Será y estéril tu arrepentimiento!
Ya ni el rico Brasil, ni las cavernas
Del nunca exhausto Potosí no bastan
A saciar el hidrópico deseo,
La ansiosa sed de vanidad y pompa.
Todo lo agotan: cuesta un sombrerillo
Lo que antes un Estado, y se consume
En un festín la dote de una infanta;
Todo lo tragan; la riqueza unida
Va á la indigencia; pide y pordiosea
El noble, engaña, empeña, malbarata,
Quiebra y perece, y el logrero goza

Los pingües patrimonios, premio un día
Del generoso afán de altos abuelos.
¡Oh ultraje! ¡oh mengua! todo se trafica:
Parentesco, amistad, favor, influjo,
Y hasta el honor, depósito sagrado,
Ó se vende ó se compra. Y tú, belleza,
Don el más grato que dió al hombre el cielo,
No eres ya premio del valor, ni paga
Del peregrino ingenio; la florida
Juventud, la ternura, el rendimiento
Del constante amador ya no te alcanzan.
Ya ni te das al corazón, ni sabes
De él recibir adoración y ofrendas.
Ríndeste al oro. La vejez hedionda,
La sucia palidez, la faz adusta,
Fiera y terrible, con igual derecho
Vienen sin susto á negociar contigo.
Daste al barato, y tu rosada frente,
Tus suaves besos y tus dulces brazos,
Corona un tiempo del amor más puro,
Son ya una vil y torpe mercancía.

AL MISMO

*Perit omnis in illo
Nobilitas cujus laus est in origine sola.
(LUCAN. CARM. ad. PISAN.)*

¡Ves, Arnesto, aquel majo en siete varas
De pardomonte envuelto, con patillas
De tres pulgadas afeado el rostro,
Magro, pálido y sucio, que al arrimo

De la esquina de enfrente nos acecha
Con aire sesgo y baladí? Pues ese,
Ese es un nono nieto del Rey Chico.
Si el breve chupetín, las anchas bragas
Y el albornoz, no sin primor terciado,
No te lo han dicho; si los mil botones
De filigrana berberisca, que andan
Por los confines del jubón perdidos,
No lo gritan; la faja, el guadigeño,
El arpa, la bandurria y la guitarra
Lo cantarán; no hay duda; el tiempo mismo
Lo testifica. Atiende á sus blasones:
Sobre el portón de su palacio ostenta,
Grabado en berroqueña, un ancho escudo
De medias lunas y turbantes lleno.
Nácenle al pie las bombas y las balas
Entre tambores, chuzos y banderas,
Como en sombrío matorral los hongos.
El águila imperial con dos cabezas
Se ve picando del morrión las plumas
Allá en la cima, y de uno y otro lado,
Apesar de las puntas asomantes,
Grifo y león rampantes le sostienen.
Ve aquí sus timbres; pero sigue, sube,
Entra y verás colgado en la antesala
El árbol gentilicio, ahumado y roto
En partes mil; empero de sus ramas,
Cual suele el fruto en la pomposa higuera,
Sombreros penden, mitras y bastones.
En procesión aquí y allí caminan
En sendos cuadros los ilustres deudos,
Por hábil brocha al vivo retratados.

¡Qué gregüescos! ¡qué caras! ¡qué bigotes!
El polvo y telarañas son los gajes
De su vejez. ¡Qué más? hasta los duros
Sillones moscovitas y el chinesco
Escritorio, con ámbar perfumado,
En otro tiempo de marfil y nácar
Sobre ébano embutido, y hoy deshecho,
La ancianidad de su solar pregonan.
Tal es, tan rancia y tan sin par su alcurnia,
Que aunque embozado y en castaña el pelo,
Nada les debe á Ponces ni Guzmanes.
No los aprecia, tiénese en más que ellos,
Y vive así. Sus dedos y sus labios,
Del humo del cigarro encallecidos,
Índice son de su crianza. Nunca
Pasó del Be á Ba. Nunca sus viajes
Más allá de Jetafe se extendieron;
Fué antaño allá por ver unos novillos
Junto con Pacotrigo y la Caramba;
Por señas, que volvió ya con estrellas,
Beodo por demás, y durmió al raso.
Examinale ¡oh idiota! nada sabe.
Trópicos, era, geografía, historia
Son para el pobre exóticos vocablos.
Dile que dende el hondo Pirineo
Corre espumoso el Betis á sumirse
De Ontígola en el mar, ó que cargadas
De almendra y goma las inglesas quillas,
Surgen en puerto Lápiche, y se leván
Llenas de estaño y de abadejo. ¡Oh! todo,
Todo lo creerá, por más que añadas
Que fué en las Navas Witiza el Santo

Deshecho por los celtas, ó que invicto
Triunfó en Aljubarrota Mauregato.
¡Qué mucho, Arnesto, si del padre Astete
Ni aún leyó el catecismo! Mas no creas
Su memoria vacía. Oye, y diráte
De Cándido y Marchante la progenie;
Quién de Romero y Costillares saca
La muleta mejor, y quién más limpio
Hiere en la cruz al bruto jarameño.
Haráte de Guerrero y la Catuja
Larga memoria, y de la malograda,
De la divina Ladvenant, que ahora
Anda en campos de luz paciendo estrellas,
La sal, el garabato, el aire, el chiste,
La fama y los ilustres contratiempos
Recordará con lágrimas. Prosigue,
Si esto no basta, y te dirá qué año,
Qué ingenio, qué ocasión dió á los chorizos
Eterno nombre, y cuántas cuchilladas
Dadas de día en día, tan pujantes
Sobre el triste polaco los mantienen.
Ve aquí su ocupación; esta es su ciencia.
No la debió ni al dómine, ni al tonto
De su ayo mosén Marc, sólo ajustado
Para irlle en pos cuando era señorito.
Debióselá á cocheros y lacayos,
Dueñas, fregonas, truhanes y otros bichos,
De su niñez perennes compañeros;
Mas sobre todo á Pericuelo el paje,
Mozo avieso, chorizo y pepillista
Hasta morir, cuando le andaba en torno.
De él aprendió la jota, la guaracha,

El bolero, y en fin música y baile.
Fuéle también maestro algunos meses
El sota Andrés, chispero de la huerta,
Con quien, por orden de su padre, entonces
Pasar solía tardes y mañanas
Jugando entre las mulas. Ni dejaste
De darle tú santísimas lecciones,
¡Oh Paquita! después de aquel trabajo
De que el Refugio te sacó, y su madre
Te ajustó por doncella; ¡tanto puede
La gratitud en generosos pechos!
De tí aprendió á reirse de sus padres,
Y á hacer al pedagogo la mamola,
A pellizcar, á andar al escondite,
Tratar con cirujanos y con viejas,
Beber, mentir, trampear y, en dos palabras,
De tí aprendió á ser hombre, y de provecho.
Si algo más sabe, débelo á la buena
De doña Ana, patrón de zurcidoras,
Piadosa como Enone, y más chuchera
Que la embaidora Celestina. ¡Oh cuánto
De ella alcanzó! Del Rastro á Maravillas,
Del Alto de San Blas á las Bellocas,
No hay barrio, calle, casa ni zahurda
Á su padrón negado. ¡Cuántos nombres
Y cuáles vido en su librete escritos!
Allí leyó el de Cándida la invicta,
Que nunca se rindió, la que una noche
Venció.
.
Allí el de aquella siete veces virgen,
Más que por esto, insigne por sus robos,

Pues en un mes empobreció al indiano,
Y chupó á un escocés tres mil guineas,
Veinte acciones de Banco y un navío.
Allí aprendió á temer el de Belisa
La venenosa.

Y allí también en torpe mescolanza
Vió de mil bellas las ilustres cifras,
Nobles, plebeyas, majas y señoras:
Á las que vió nacer el Pirineo,
Desde Junquera hasta do muere el Miño,
Y á las que el Ebro y Turia dieron fama,
Y el Darro y Betis todos sus encantos;
Á las de rancio y perdurable nombre,
Ilustradas con turca y sombrerillo,
Simón y paje, en cuyo abono sudan
Bandas, veneras, gorras y bastones
Y aun (chito, Arnesto) cuellos y cerquillos,
Y, en fin, á aquellas que en nocturnas zambras,
Al són del cuerno congregadas, dieron
Fama á La Unión.

¡Ah! cuánto allí la cifra de tu nombre
Brillaba, escrita en caracteres de oro,
¡Oh Cloe! Él sólo deslumbrar pudiera
Á nuestro jaque, apenas de las uñas
De su doncella libre. No adornaban
Tu casa entonces, como ogaño, ricas
Telas de Italia ó de Cantón, ni lustros
Venidos del Adriático, ni alfombras,
Sofá otomano ó muebles peregrinos.
Ni la alegraban, de Bolonia al uso,

La simia, el pappagallo, é la spineta.
La salserilla, el sahumador, la esponja,
Cinco sillas de enea, un pobre anafe,
Un bufete, un velón y dos cortinas
Eran todo tu ajuar; y hasta la cama,
Do alzó después tu trono la fortuna,
¡Quién lo diría! entonces era humilde.
Pásote en zancos el hidalgo, y dióte
Á dos por tres la escandalosa suma
Que treinta años de atanes y de ayuno
Costó á su padre. ¡Oh! cuánto tus jubones,
De perlas y oro recamados, cuanto
Tus francachelas y tripudios dieron
En la cazuela, el Prado y los tendidos
De escándalo y envidia! Como el humo
Todo pasó, duró lo que la hijuela.
¡Pobre galán! ¡qué paga tan mezquina
Se dió á tu amor! ¡cuán presto le feriaron
Al último doblón el postrer beso!
Viérasle Arnesto, desolado; vieras
¡Cuál iba humilde á mendigar la gracia
De su perjura, y cuál correspondía
La infiel con carcajadas á su lloro!
No hay medio: le plantó; quedó por puertas.
¡Qué hará? ¡Su alivio buscará en el juego?
¡Bravo! Allí olvida su pesar. Prestóle
Un amigo. ¡Qué amigo! Ya otra nueva
Esperanza le anima. ¡Ah! salió vana.
Marró la cuarta sota: adiós, bolsillo.
Toma un censo, adelante; mas perdióle
Al primer trascartón, y quedó asperges.
No hay ya amor ni amistad. En tan gran cuita

Te esperan; de tu corva cimitarra
Al solo amago caerán rendidos.
¿Y es este un noble, Arnesto? ¿Aquí se cifran
Los timbres y blasones? ¿De qué sirve
La clase ilustre, una alta descendencia,
Sin la virtud? Los nombres venerados
De Laras, Tellos, Haros y Girones,
¿Qué se hicieron? ¿Qué ingenio ha deslucido
La fama de sus triunfos? ¿Son sus nietos
A quienes fia su defensa el trono?
¿Es esta la nobleza de Castilla?
¿Es este el brazo un día tan temido,
En quien libraba el castellano pueblo
Su libertad? ¡Oh vilipendio! ¡oh siglo!
Faltó el apoyo de las leyes; todo
Se precipita; el más humilde cieno
Fermenta, y brota espíritus altivos,
Que hasta los tronos del Olimpo se alzan.
¿Qué importa? Venga denonada, venga
La humilde plebe en irrupción, y usurpe,
Lustre, nobleza, títulos y honores.
Sea todo infame behetría; no haya
Clases ni estados. Si la virtud sola
Les puede ser antemural y escudo,
Todo sin ella acabe y se confunda.

DON JOSÉ DE VARGAS Y PONCE

PROCLAMA DE UN SOLTERON

Á LAS QUE ASPIREN Á SU MANO.

Antes que te cases
Mira lo que haces.

(Proverbio.)

No son todos los maridos
De una suerte bien tratados,
Ni querría más ducados
Que los hay arrepentidos.

CASTILLEJO

Condiciones de las mujeres.

Frescas viuditas, cándidas doncellas,
Al veneno de amor busco triaca;
Ya más no quiero ser Perico entre ellas;
A la que guste ofrezco mi casaca.
Hoy, si hacen migas nuestras dos estrellas,
Mano por mano, juego á toma y daca.
Niñas, ojo avizor; hoy me remato.
¿Cuál es la que echa el cascabel al gato?